

Cartagena: otra piedra en la muralla

Piel de ébano

MARCO T. ROBAYO

Planeta Colombiana, Bogotá, 2020,
502 pp.

EN LA segunda parte del siglo XVIII, la independencia empezaba a gestarse en el Nuevo Mundo; tambaleaban las divinas monarquías europeas y rodaban cabezas en Francia para terror de los Borbones en España. Eran tiempos de cambio, paridos por las guerras y la codicia, como siempre; tiempos de ideas iconoclastas en los que ni el poder absoluto, ni la esclavitud, ni la hegemonía de una raza o de una clase se daban ya por hechos inamovibles. Cartagena era entonces un puerto de importancia estratégica para el comercio y para el manejo del gobierno colonial en esta parte del Virreinato de la Nueva Granada. Por allí entraban, pesados por toneladas en las naves, los esclavos africanos; a Cartagena llegaban los chapetones blancos a sufrir sus bautizos de diarrea, y a acrecentar sus fortunas o a crearlas. Ya las razas comenzaban a mezclarse, clasificadas por la “ciencia racial” con herramientas que eran un revoltijo de la genética animal del Medioevo y prejuicios atávicos; aquí ya había nativos –los llamados indios–, y ya existían entonces, viviendo entre las murallas y en los arrabales exteriores del castillo, zambos y mulatos, tercerones y mestizos, es decir, criollos, colombianos. En este fondo de mar, navíos raquíticos, fortificaciones, calor húmedo, repique de campanas, los olores del mercado y a sudor del trabajo o de la cópula, transcurre *Piel de ébano*, la novela de Marco T. Robayo.

El eje de la trama es una mulata, a saber, hija de negra con un peninsular. Su nombre es Manuela, y se pregunta el epígrafe: “¿El color de su piel? Ébano, marfil o canela... eso era lo de menos, fue el candor de sus ojos, fue su grácil figura lo que me hizo enamorar [...]”. No sabe a ciencia cierta quién es su padre, incógnita que ceba otro anzuelo para la curiosidad del lector a lo largo del libro, con otros hilos conductores y otras historias secundarias, desde los intrínsecos de la corte en la metrópolis hasta la aparición de Antonio Nariño

en Cartagena o la suerte de Alejandro Mendoza, un guapo comerciante español cuya historia permite adentrarse en la realidad de lo que era el comercio ultramarino.

Manuela, aunque en teoría es una esclava de la casa del gaditano Gonzalo de Ulloa y su esposa María Catalina, hija de españoles nacida en Cartagena, recibe sospechosamente un mejor trato que Dominga, Luisa, Gregorio y Joseph, otros servidores forzados de la casa Ulloa, sometidos a latigazos, hacinamiento y maltratos. Alejandro pretenderá luego a Manuela; ella tratará de averiguar su origen recurriendo a adivinaciones africanas, preguntando y escuchando el cotilleo de las viejas criadas. Entretanto Manuel de Ulloa cae en descalabros financieros; su mujer sufre los desaires de la aristocracia criolla cuando vienen a menos con la quiebra, y será ayudada en su viudez por Manuela, quien se torna en una de las mejores costureras de todo el virreinato; Antonio Nariño padece cárceles y viajes temerarios para buscar el apoyo de los europeos progresistas; el lascivo regidor de Cartagena pasa por su cama a la mitad de las mujeres de su reino amurallado y despótico, y Manuel Godoy hace de las suyas en España mientras Goya pinta a sus muy majas amantes.

La novela se basa en algunas investigaciones novedosas sobre la época y los enredos de la corte –dicen los que saben, porque desafortunadamente no nos provee bibliografía–, como cuando afirma, por ejemplo, que la estirpe Borbón era ya de un bastardo diluido inaceptable. En un país como Colombia, en donde se decidió que la historia patria era prescindible, lo que nos cuenta Robayo arroja luces importantes sobre una época y un lugar que no están aún documentados como toca. Los cuadros de costumbres, los detalles de la ciudad, el “vestuario”, la “escenografía” y la atmósfera delinean un momento apasionante y rescatan unas historias llenas de potencial literario.

Sin embargo, al autor se le da mejor el recuento histórico –como el que despliega en un epílogo de tono serio, sin florituras y ajustado– que las construcciones literarias. Verbigracia, los diálogos en vernáculo son complicados de leer porque empantan

innecesariamente la comprensión y no logran transmitir en realidad la forma como el autor supone que hablaban los esclavos: “No maté a naiden. Aunque pienso que debí cabgame a alguno e los diputado de la cabnicería” (p. 265). Si en castellano usualmente ya es complicado lograr los diálogos, en este contexto es más lo que irritan que lo que ayudan al desarrollo de la historia, así como al interesante y enjundioso material seguramente investigado a cabalidad. De la misma manera, quizás para asuntos de la lengua, se requiere igualmente la intuición del escritor con las palabras, que son traicioneras, y la investigación histórica del libro, que sufre solo un incómodo desmedro estético sin privarla de intereses de otro tipo. Si la correctora de estilo o editor hubiera advertido por ejemplo que el verbo “flirtear” (p. 475) no se incorporó al español sino hasta finales del siglo XIX, o que el verbo “colocar” –en frases como “confiaré más si lo coloca en un papel” (p. 404)– es un colombianismo reciente y feo que está haciendo agonizar al riquísimo verbo “poner”, se habría evitado estos anacronismos lingüísticos.

Es tan cautivador el material histórico en sí mismo que, repetimos, no habría sido necesario lanzarse a una novela de estructura “literaria” compleja, con diálogos que no aportan verosimilitud y con párrafos que parecen transcripciones no muy elaboradas de fichas bibliográficas infladas. La novela está escrita en frases cortas, con demasiados puntos y pocas comas, y sin ese comodín renacentista veneciano como es el punto y coma, que evita tropiezos en la fluidez musical y neuronal de un relato o una idea. Es inevitable comparar *Piel de ébano*, digamos, con un libro de Javier Moro titulado *El imperio eres tú*, una narración histórica del reinado de los Braganza en el Brasil, con elementos similares como la monarquía, la metrópolis, el trópico y personajes sustanciales, en la que sin pretensiones de gran literatura y con lenguaje sencillo el autor construye un universo ilustrativo, apasionante y legible.

De todas maneras esta novela tendrá su sitio entre los textos sobre Cartagena y el Caribe, de autores como Óscar Collazos o Roberto Burgos, porque todo lo que hagamos para

NOVELA		RESEÑAS
estudiar y entender la historia nacional, el mestizaje y nuestra diversidad es bienvenido en un momento en el que la identidad regional y nacional se desdibuja con los desplazamientos, el analfabetismo, las guerras y la “cultura” de consumo, que nos dejan a la deriva y a merced de vientos mercenarios. Ignacio Zuleta Lleras		